

Rosa y Azul



Contiene

Cuentos.—Concurso de bellezas infantiles. Poesías.—Historietas. Pasatiempos.—Colaboración infantil.—Crítica.—Información gráfica.—Entretamientos científicos.—Correspondencia, y una novela, ilustrada, en folletín.

Todo para niños

15 CENTIMOS

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestre, Marqués de Santa Ana, 33, pral., Madrid.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 33.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista y el mapa	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista y un mapa ..	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta ó sobre monedero.

REGALO.—Al elevar á quince céntimos el precio de ROSA Y AZUL ofrecíamos ir mejorando las condiciones de la publicación, sin decir en qué consistían las mejoras, porque nos agrada más dar que ofrecer. Algunas de las reformas ya se han introducido, y á diario recibimos cartas en que las aplauden. Hoy, deseosos de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, ofrecemos como regalo un

MAGNIFICO MAPA DE ESPAÑA

estampado en una de las principales casas litográficas de Suiza. Tanto por su tamaño, 100 por 75 centímetros, como por la finura de los colores, el papel y los tipos de letra que se han empleado para la estampación, hacen del

MAPA DE ESPAÑA

un medio de instrucción para los niños y un objeto digno de figurar en todos los Colegios, Despachos y Oficinas. A todos los que se suscriban por un año, con el envío de los ejemplares haremos la remesa del mapa, debiendo remitir 25 céntimos los que deseen recibirle certificado.

Y á fin de que el regalo llegue también á manos de los que compran ROSA Y AZUL en los puestos, insertamos un cupón-regalo, y haremos entrega del mapa á todo el que nos presente 52 cupones con la numeración correlativa.

Precio de venta del mapa para los no suscriptores: 3 pesetas en toda España.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, 33 MADRID

NUESTRO CONCURSO



NATIVIDAD HERRÁNZ HERRERA (nueve meses)

Habitante en Madrid, calle de Alberto Bosch, número 12, principal.

(Primera de las fotografías admitidas.)

POLIFEMO

EL coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aún más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El coronel era



tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte á muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aún palpitantes. Esto creíamos al menos ciegamente todos los chicos que al salir de la escuela íbamos á jugar al parque de San Francisco, en la muy noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente, los días claros, de doce á dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones, y cuando no, escuchábamos su voz frágosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El coronel era sordo también, y no podía hablar sino á gritos.

—Voy á comunicarle á usted un secreto—decía á cualquiera que le acompañase en el paseo.—Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen á doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo; pero cuando algún amigo se acercaba, hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que en cuanto tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público; entraba en los dominios exclusivos del coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo, del guerrero de Africa. De tal modo, que el sacerdote que le acompañaba (á tal hora sólo algunos sacerdotes acostumbraban á pasear por el parque) parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del coronel poseía. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba á arrojarse sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse á él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho á diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto á un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón ó moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones. «¿Se lo habrá merendado ya?» Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos á la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día ú otro concluiría por ser víctima de algún capricho.

sanguinario de Polifemo. Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente



en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con la mayor

soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras compasadamente, llegando su audacia ó su inocencia hasta á hacernos muecas á espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos bailar sobre la flecha de la torre de la catedral. «¡Gaspaar!» El aire vibraba y transmitía aquel bramido á los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamara una sirena. «¿Qué quiere usted, tío?», y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía de vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía por el nombre *Muley*, de en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El *Muley*, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, jugetón, campechano, incapaz de falsía; era, sin ofender á nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él.

Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El *Muley* lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas á fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable á perros y hombres, diré que no mostraba más afecto á quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo entre los niños no existían clases sociales) un pobrecito hospiciario, llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien; las preferencias de *Muley* estaban por él. (Los rabotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes, á él se consagraban, en menoscabo de los demás). ¡Qué ejemplo para cualquier orgulloso de los que desprecian á los pobres!

¿Adivinaba el *Muley* que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero al menos así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado á concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro ó al paso, y se presentaba por allí de improviso el *Muley*, ya se sabía, llamaba aparte á Andresito, y se entretenían con él largo rato, como si tuviese



que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobra, fueron sabiendo á poco al hospiciario. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y á solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó á presencia nuestra el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El *Muley* parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el coronel aún no se había ido del paseo ni advirtió la desertión de su perro.

Repitieronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y *Muley* se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por el *Muley*. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aún no estaba contento el hospiciario. En su mente germinó la idea de llevarse el *Muley* á dormir con él á la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste en un jergón de hoja de maíz.

Una tarde llevó al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las del *Muley*. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos novios. Allá, al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa:

—Mira, *Muley*—dijo en voz baja mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas lo soltó. El *Muley* corrió á casa de su dueño; pero á

la tarde ya estaba en el parque dispuesto á seguir á Andresito. Volvieron á dormir juntos aquella noche y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.



Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando á los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente á nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches; vamos á ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?...

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba á uno en pos de otro. El *Muley*, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso, y dijo:

—No culpe á nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo—repitió el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú!—dijo el coronel sonriendo ferozmente.—¿Y tú no sabes á quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es?—volvió á preguntar á grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos á ver?

—Del Sr. Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El coronel le miraba fijamente con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere—dijo el niño con voz firme.

El coronel volvió á mirarle fijamente.

—Está bien—dijo al cabo.—¡Pues cuidado con que otra vez te lo laves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas á secuestrar el perro! ¡Cuidado!—y se alejó. Á los cuatro ó cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo, y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

—Porque le quiero mucho... porque es el único que me quiere en el mundo—gimió Andrés.

—¿Pues de quién eres hijo?—preguntó el coronel sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo?—gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al coronel demudarse. Abalanzóse al niño; le separó las manos de la cara; le enjugó las lágrimas con su pañuelo; le abrazó; le besó; repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

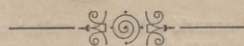
Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo, volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.

A. PALACIO VALDÉS.



NUESTRAS REFORMAS

Muy pronto ROSA Y AZUL tendrá 24 páginas en vez de 20 que ahora tiene, y su precio no sufrirá alteración; resultando así la Revista más barata de cuantas se publican.

Las cuatro páginas que aumentamos se destinan á la publicación de una interesantísima novela.

TRAVESURAS INFANTILES



El bibliófilo D. Senén Incunable y la institutriz Miss Fanny, acompañada por su perro, estaban distraídos en la busca de obras raras ó curiosas...



—¿Puede usted explicarme...?
—¡Calle!... Aquí dentro se agita algún ser vivo...



cuando se le ocurrió á Pepito ocultar el perro de la institutriz en el saco de mano que, para transportar las obras elegidas, traía el bibliófilo.



—¡Colibrí! ¡Colibrí mío!
—¡Cómo se ha verificado esta *metempsicosis!*



Y cuando Miss Fanny terminó su tarea se encontró con que no había tal perro, sino un saco de mano pendiente de la cuerda.



Y se retiraron sin haber comprendido la *metempsicosis*... ni la travesura de Pepito.

LA FIESTA DE LA ESCUELA

FUÉ la más atractiva, la más encantadora, la más simpática, porque fué la fiesta de los niños humildes. Agrupados por escuelas en torno de sus estandartes, extendíanse por amplísima explanada del Retiro, entre la verde esbeltez de los chopos. Eran muchos, eran miles. Allí estaban los de las escuelas modelos, los parvulitos, los exgolfos, el batallón infantil... Todos los que el Municipio ó la caridad matritenses educan. Las niñas ponían sobre el fondo oscuro la nota clara de sus vestiditos. Alrededor de ellos circulaba la gente, admirada y curiosa. Tocaban las músicas alegres pasos-dobles. La brisa, suave y aromada, movía dulcemente las hojas de los árboles. En el ambiente purísimo, los pulmones respiraban con libertad.

De pronto se alzó inmenso clamoreo; una nota intensamente aguda y prolongada. Llegaba el rey.

Subió á la tribuna. Fué un momento inolvidable. Los niños, entusiasmados, delirantes, victoreaban alzando sus gorras, izando sus pañuelos. El rey, emocionado y sonriente, contestaba agitando el ros. Y por encima de las inmóviles y brillantes alabardas, de los bizarros y altísimos airones de la escolta, el corazón de un monarca joven se fundía con los de los niños, hijos del pueblo.

Después se adelantó el Sr. Ruiz Giménez, organizador de la fiesta, y leyó un discurso. Los que le oían, le seguían atentamente. Porque no era aquél uno de esos discursos oficiales pálidos y fríos que nada dicen. Sus palabras sencillas mostraban ante la corte fastuosa la labor patriótica y oscura de unos cuantos maestros que diaria y calladamente recogidos en sus escuelas forman el alma nacional. Los esfuerzos de adultos que

á la noche, rendidos por la ruda labor, vencen el sueño, por instruirse. El amor al estudio, la constancia, el anhelo de elevarse de niños verdaderamente heroicos.

Todos subieron á la tribuna regia á recibir sus premios. Para los maestros, objetos de arte, cruces y diplomas. Para adultos y niños, cartillas del Monte de Piedad, que luego habían de convertirse en los instrumentos y útiles del oficio, en la máquina de coser, en armas para la lucha por la vida.

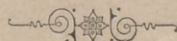
Descendió el rey de la tribuna, y seguido de su augusta familia y de su corte, atravesó por entre los niños, confundiendo todos, departiendo con llaneza. Parecía el monarca entonces un hermano mayor, cariñoso, que por falta del padre, vela y cuida á los chiquitines.

Niños, jardines, brisa perfumada, un sol que se ponía rojizo en el cielo violeta, un rey mozo, gentil y amable como los reyes de las leyendas. ¿Puede darse nada más bello?

La Fiesta de la Escuela, fiesta de esperanza, trajo un poco de frescor y de luz al alma española, por tantos y tan continuados desastres requemada y ensombrecida.



ROSA y AZUL, que modestamente contribuyó á la hermosa fiesta repartiendo á los niños ejemplares de su último número, felicita con entusiasmo á sus queridos amiguitos, á los maestros, y muy especialmente al Sr. Ruiz Giménez, por cuya iniciativa, actividad y desinterés se ha celebrado; y á todos dice: ¡Adelante!



LA RECOMPENSA

ANGEL y Luisa eran dos hermanos en que la desgracia se había ensañado cruelmente, pues su padre murió á consecuencia de un incendio, que acabó con un gran establecimiento bancario que poseía, dejando una muy mermada fortuna á su mujer é hijos.

Esta señora, no pudiendo tampoco sobrevivir á la muerte de su marido, pronto entregó el alma á Dios, no sin recomendar á sus hijos que se amaran y fueran trabajadores.

Estos, que contaban diecisiete y dieciocho años respectivamente, pensaron con qué medios contaban para subsistir; tasaron las ropas, la sortija de su pobre madre; total nada, un puñado de pesetas; y otra vez á las mismas. Valía más no venderlo. Así lo hicieron, y Angel tuvo que dar lecciones de francés, que había aprendido cuando gozaba de buena posición, y Luisa se ocupó en hacer puntilla y blondas.

Los rendimientos que obtenían eran escasos; pero se contentaban con ganarlo honradamente. Mas la desgracia dejó de pesar sobre sus cabezas. Avisado Angel de que una señora necesitaba quien diera lecciones de idiomas á un hijo suyo, se presentó á ella y al instante le admitió; proponiéndole luego si quería emprender un viaje con ellos. Angel se lo dijo á su hermana, que accedió gustosa. La primera separación después de tantos años juntos fué larga y dolorosa, si bien mitigada algún tanto por la esperanza de un porvenir más risueño.

Después de escuchar los consejos de su querida hermana, Angel fué á ocupar el puesto que le deparaba la suerte, en el que se esforzó en cumplir con acierto su cometido, lo que le valió el aprecio de la señora y de su familia.

No tardó ésta en fijarse en las puntillas

que usaba Angel, y le preguntó de dónde procedían.

El joven contestó que las había hecho su hermana; á lo que la señora agregó que la agradaría conocerla, y que tendría una gran satisfacción si la joven quisiera ocuparse en hacerla á ella las suyas. Aquel mismo día Angel escribió á Luisa notificándola tan grata nueva. Esta se apresuró á ir al lado de su querido hermano, el cual no podía creer tanta felicidad, y al cabo de poco tiempo se hizo amar tanto de su señora, que ésta le dió á su hijo en matrimonio á Luisa y á Angel una sobrina suya; consiguiendo así los dos asegurar su porvenir de una manera nunca esperada.

No sospechaban los cambios que suele dar la fortuna.

Trabajando alcanzaron Angel y Luisa el puesto que hoy disfrutan, á costa de los pesares y contratiempos que sufrieron; porque el trabajo ennoblece y es la fuente de la prosperidad, mis amados amiguitos.

EDUARDO PINAR.

MISCELÁNEAS

UN profesor de Francés mandó á sus discípulos traducir un trozo de la obra *El genio del Cristianismo*, de Chateaubriand.

Al día siguiente ordenó á Luisito que leyese un trozo de la traducción. El muchacho, ni corto ni perezoso, había cogido una de las mejores traducciones que de tan hermosa obra se han hecho, y copiado al pie de la letra el párrafo; cosa que comprendió en seguida el profesor por la brillantez de estilo del traductor.

Apenas Luis había comenzado la lectura, cuando se oyeron en la clase fuertes ladridos. Un niño de la clase pidió permiso al profesor para apartar de allí al ladrador can.

—Déjale—contestó el profesor—; eso es que hay algún ratero en la clase.

INFORMACION GRAFICA

CÁDIZ.



1. Plaza de Mina.—2. Vista parcial de la Plaza de Mina después del arreglo llevado á cabo en la misma, siendo Alcalde de Cádiz D. Benito Arroyo.—3. Alameda de Apodaca.

Fotografías de Manuel García Miranda.

IMPORTANTE.—Conviene á los niños y á los padres leer el CONCURSO DE BELLEZAS INFANTILES que insertamos en el número 17.

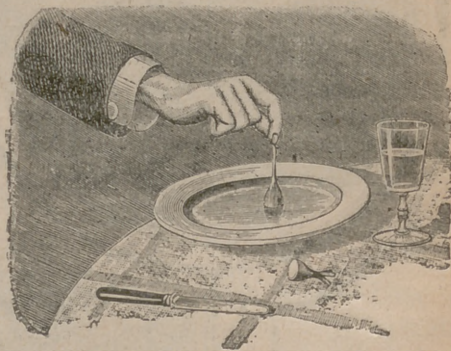
ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

El rábano hércules

LA experiencia que proponemos está basada, como otras muchas, en la presión atmosférica. Sabido es que la capa de aire que rodea el globo terráqueo tiene una altura aproximada de 64 kilómetros; y como cada litro de aire pesa exactamente 1,3 gramos, resulta que la presión atmosférica en cada centímetro cuadrado es de 103 kilogramos 300 gramos, siendo, por lo tanto, de 10.330 kilogramos por metro cuadrado. Resulta, por consiguiente, que teniendo el cuerpo humano aproximadamente metro y medio de superficie, en un hombre de talla y grueso medianos soporta una presión de 15.500 kilogramos, presión suficiente para aplastar al hombre más robusto si la misma atmósfera no se encargase en nuestro interior de ejercer de dentro á fuera la misma presión que de fuera á dentro, manteniendo un equilibrio sin el cual nos sería imposible vivir.

Para demostrar la existencia de la presión atmosférica, hay muy diversos aparatos en los gabinetes de física. Pero para todos ellos precisa hacer el vacío por medio de máquina neumática, instrumento costoso, que no necesitamos para nada en la experiencia que vamos á describir.

Córtese un rábano en sentido transversal y, como es mala cosa tomar el rábano por las hojas, tomemos la mitad inferior, no sin habernos comido antes la superior después de convenientemente mondada. Vacíese con un cuchillo la mitad que nos queda, dejando á las paredes el suficiente grueso para que no se rompan después; aplíquese sobre un plato, cuidando muy bien de que no pueda entrar aire ninguno entre el rábano y el plato,



y frótese, sin levantarlo absolutamente nada, durante breve rato. Tirese después del rábano, y éste, en su ascensión, elevará el plato, como si ambos cuerpos estuviesen perfectamente pegados.

ADVERTENCIA.—En atención á la insistencia con que nos piden suscripciones para Madrid, desde de este número comenzamos el reparto.

La suscripción será por meses, al precio de cincuenta céntimos.

Los lectores que deseen suscribirse pueden pasar por estas oficinas de 6 á 9 de la noche, para dejar nota de sus domicilios ó enviarlos por carta.

A medida que vayamos recibiendo las suscripciones se insertarán en una página de la Revista los nombres de los suscriptores.

EN MI EXAMEN DE RETÓRICA Y POÉTICA

A sufrir un examen he venido
de esta bella y hermosa asignatura;
y aunque muy torpe soy más lo es mi oído,
lo cual para un poeta es desventura.
Si no contesté bien, de miedo ha sido;
no lo achaquéis á mi cabeza dura;
y si aprobarne al fin habéis resuelto,
á recobrar valor habré yo vuelto.

CARLOS DE GALISTEO.

Ha entrado á formar parte de esta Redacción, y quedan á su cargo las secciones *Páginas musicales*, *Frasesología francesa* y otra que anunciaremos en breve, la distinguida señorita Engracia Iglesias, que ya había honrado las columnas de Rosa y Azul con bonitos y bien escritos trabajos.



LA AUDACIA DE UN RAPAZ

EN un pueblo cercano de Burgos, cuyo nombre ahora no recuerdo, ocurrió ha tiempo un suceso que, por ser el protagonista de él un niño, deseo lo conozcan los lectores de ROSA Y AZUL.

Cierto día dejaron solo á un niño, que apenas contaría más de once ó doce años, en una casa aislada, distante del pueblo un kilómetro próximamente, donde habitaba con sus padres, que tuvieron necesidad de bajar á la provincia á hacer compras. Quedó, pues, solo el niño para cuidar de la casa, de las huertas y de una mula que poseían.

Por aquellos contornos merodeaba un famoso ladrón que tenía en terror á todos los honrados labradores del lugar por la audacia con que cometía semejantes actos, sin que la Guardia civil, que ya hacía tiempo venía en su persecución, pudiera darle captura.

El bandido, aprovechando la ausencia de los padres del niño y viendo que la casa no estaba custodiada más que por una débil criatura, robó la mula, único recurso de aquéllos para sacar agua de la noria, sin que el pobre niño, escondido por el miedo, pudiera oponerse á la consumación del robo.

Cuando el ladrón hubo salido con el boteín, y según el camino que tomó, debía pasar por cierto sitio que ya conocía el pequeño de sobra, al chico hubo de ocurrírsele un pensamiento que en seguida puso en prác-

tica. Echa á correr por un atajo y llega á un sitio del camino en que había un pozo seco, pero muy profundo, por cerca del cual debía pasar el ladrón.

No tardó mucho el bandido en aparecer montado en la mula; al divisarle el niño échase á llorar amargamente, llamando así la atención del bandido, el cual, por curiosidad, se acercó y preguntóle:

—¿Qué te pasa, muchacho?

—¡Ay, señor! Llevaba tres mil reales en un taleguito para pagar el arrendamiento al señor administrador N..., por encargo de mi padre, y como hacía tanto calor, quise descansar en este sitio, puse el dinero al borde del pozo, y al levantarme para marchar y recogerlo, se me escurrió y cayó al fondo. ¡Qué hacer ahora, Dios mío!

Y prorrumpió en amargo llanto.

Gozoso el ladrón para apoderarse de una presa tan fácil, le dice:

—No llores; yo lo sacaré y quedarás consolado.

En efecto, descendió al pozo; pero no bien hubo tocado con los talones el fondo, cuando el muchacho, montando ágilmente en la mula, partió á galope tendido, no sin antes decirle:

—¡Busca mañas para salir, que yo ya he encontrado mi mula!

Cuando llegó al pueblo dió cuenta de lo sucedido, é inmediatamente salió para el lugar del suceso una pareja de la Guardia civil, que apresó al ladrón dentro del pozo.

D. G. Y LEAL.

LOS DOS HERMANOS

HABÍA en una capital de provincia un honrado matrimonio que tenía dos hijos; el mayor, joven muy laborioso, deseaba por medio de su trabajo alcanzar una posición desahogada, para de esta manera poder ser útil


á sus padres, á los que amaba entrañablemente, y á la vez su apoyo en los últimos años de su vida; mas como su padre, pobre empleado, no pudiera costearle una carrera, determinó buscar, y encontró una oficina, en donde, además de pagarle sus servicios, le dejaban varias horas para que estudiara.


de sus ancianos padres y bondadoso hermano.






Imitemos, mis queridos compañeros, la conducta del primero, siendo buenos hijos y aplicados, para que de esta manera tener aspiraciones que nos honren y ser útiles á nuestros padres y á la sociedad.


BLAS PÉREZ.

GARTAS ILUSTRADAS

Sego  26 de Abril 1904

Amigo Pepe : Bengo

el gusto de enviarte estos  pa-
que ve  que cumpló lo que tu me mandaste, y á la vez te digo que me envíes
una 12 na de  para unas
 que tengo en  de un amigo
y no sé en que sitio colocarlos.

Ya no vivo en la misma casa
que vivía cuando tú estuviste aquí, me he mudado
á la calle de los  número 8

tu amigo.

Julio Sánchez

Al cabo de algunos años, á fuerza de trabajos y estudios, consiguió sus deseos; y hoy le tenemos de juez en una de las principales capitales, siendo el sostén de sus ancianos padres, mientras su hermano, después de darles muchos disgustos, pues era un holgazán y pendenciero, aborrecido de todo el mundo, murió en un hospital, pues por orgullo no quiso admitir la generosa protección

INSTANTÁNEAS

EL SANTO DE LOLITA

UN año hacía que Lolita había perdido á sus queridos padres. Sus tíos, cariñosos y solícitos, la recogieron y se la llevaron á vivir con ellos, y la chiquilla, con sus monadas, distraía y animaba aquel matrimonio sin hijos, que se veía amenazado de ser presa del *espleen*.

Por lo mismo, con la adquisición de Lolita se consideraba feliz, aun cuando lamentaran la orfandad que á tomar tal determinación les obligó. Por satisfacer el más pequeño capricho de aquel querube, el tío hubiera dado su cuantiosa hacienda, y por no verla llorar su tía, la vida...

Llegó el día del santo de la niña. La muñeca cumplía siete años; uno hacía que se quedó huérfana. El tío la regaló juguetes, y la tía dulces en profusión.

Y el tío y la tía rivalizaban en quién de los dos había de poner más besos en aquel rostro de serafín.

La niña recibía los juguetes, y para cada uno tenía una exclamación de alegría; pero cuando llegó su turno á los besos, al sentir los primeros rompió á llorar con amargura infinita. ¿Por qué lloraba la nena? ¿Por qué? Porque todos los juguetes que durante el año pasado rompió se la presentaban nuevos; porque todos los dulces que se comió los tenía delante; sólo echaba de menos una

cosa para que su santo fuera igual al de todos los años anteriores: los besos de sus padres. Por ellos llora. Tiene besos en abundancia; pero esos no son, no, como los otros. Los dulces, los juguetes, han vuelto; los besos, no; y la nena llora por ellos...

AMARO GONZÁLEZ.

EL EJEMPLO

CARLOS y Luis eran dos amigos inseparables: el primero, trabajador, obediente y caritativo; el segundo, holgazán, desobediente y sin miedo.

Cierta día, paseando por el campo, se fijó Luis en un nido que estaba situado en un árbol que se podía alcanzar con facilidad, del cual se desprendían los tiernos cantos de los pajarillos (sin duda recién nacidos) que llamaban á su madre para que les proporcionasen alimentos, y le dijo á Carlos:

—Vamos á cogerlos y á llevárnoslos á casa.

A lo cual respondió Carlos:

—Y su madre cuando venga y se encuentre sin ellos, ¿qué va hacer? Dará vueltas y vueltas hasta que los halle.

—Tienes razón, pero...

—No hay pero que valga; figúrate que tu mamá sale á por comida para vosotros, y os deja á ti y á tu hermano en casa, y cuando vuelve se encuentra que habéis desaparecido. ¿Qué va hacer esa madre sin vosotros? Lo mismo que la madre de esos inofensivos animales: dar vueltas hasta que os encuentre. ¿Te convences?

—Sí, ya estoy convencido, y ahora, todos los días, los traeremos migajas de pan.

Desde entonces Luis es un modelo de aplicación, y además es muy caritativo para con todos.

JOSÉ SOCASTRO.



Miguel Belloc.—Villena.—Señor Director: Haga el favor de no hacer caso de lo que dice Rafael Fernández, de Hornachuelos, en la sección de *Crítica*, y aunque publiquen cartas ilustradas sigan insertando también bonitas páginas musicales.

N. Campa.—Madrid.— Comprendo muy bien que no puedan complacer á los que desean cosas imposibles mientras no se aumente el precio de ROSA Y AZUL, como son el querer en colores los dibujos y que se gratifiquen las soluciones de pasatiempos; pero bien pueden publicar estos últimos y la crítica como anteriormente; con esto á todos nos darán gusto, pues poniendo como ahora tres ó cuatro pasatiempos en cada número y en la hoja de anuncios por añadidura, ni podremos encuadernarlos con la Revista, ni veremos nunca publicados los que hemos enviado cada colaborador.

Salvador Serra.—Valls.— ¡Qué bonito es ROSA Y AZUL! Yo paso las horas de sábado á sábado leyendo y releyendo los cuentos, concursos, poesías y bonitas historietas. Para mí esa Revista es de las mejores.

Luis Serra.—Barcelona.—Pero hombre, por Dios, no publique usted la *Correspondencia* y los *Pasatiempos* en la cubierta.

Alfonso Mejías.—Madrid:

Le doy un millón de gracias, mi querido Director, por ocuparse de niños, de quien nadie se ocupó, y despertar en nosotros tanto entusiasmo y fervor. A comprar ROSA Y AZUL en este momento voy.

Rafael Adúa:

Mi querido Director: La novela en folletín me parece superior; ¿por qué no nos da usted al fin unas tapas en color?



SÁLVESE QUIEN PUEDA

CONSISTE este juego en que el ingenio del que le pone empieza por un simple período, y le aumenta sucesivamente, obligando á repetirlo á cada uno de los jugadores; por ejemplo, el primero dice al inmediato de su derecha: *Aquí está mi libro*. Cuando todos han repetido, continúa él: *En mi libro ve usted el título de un gracioso cuento*. (Se repite.) *En mi libro, en que ve usted el título de un gracioso cuento, hay también una lámina*. (Se repite.) *En mi libro, en que ve usted el título de un gracioso cuento, hay también una lámina, y en esta lámina una hermosa señorita*. (Se repite.) *En mi libro, en que ve usted el título de un gracioso cuento, hay también una lámina, y en esta lámina una hermosa señorita, y un hombre que la amenaza con un puñal en la mano*. Se repite la misma frase y añade: *Como la señorita no le ve, una sirviente que le ha observado la grita y, echando á correr, dice: Sálvese quien pueda*.

Á este grito se levantan todos; pero los que no están en el desenlace del juego suelen quedarse sentados y pagan prenda.



Angel Macías.—Admitido el trabajo que remite.
Mariano Albarrán.—Palencia.—Idem su carta ilustrada.

Rafaela Gómez.—Madrid.—Se publicará.
Remigio Dargallo.—Barcelona.—Envíe otras fotografías. Los ferropusiatos no sirven.

P. Retes.—Zaragoza.— Pronto obtendrá usted la representación artística de seguir así.

M. Tieso.—Entran en turno.

Antonio Montaner.—Pamplona.— Sí que me gustan, y sobre todo el que sea usted tan trabajador.

Eduardo de Santiago.—Vigo.—Su carta ilustrada está en puerta. Del original de *Azul y Rosa* no sé nada; repítale, si gusta. Gracias por la felicitación. Del concurso, los lectores tienen la palabra.

M. Castans.—Carabanchel.—Traslado sus encargos. Entiéndase con Cros.

Antonio Marguerie.—Madrid.—Se publicará.

Manuel de Góngora.—Granada.—Las de tamaño 9 por 12; sí; las pequeñas no sé si podré. Todas están bien.

C. Iglesia.—Miranda.—¿Cuándo me va á remitir una carta en condiciones? ¡Y cuidado que he dicho cómo han de hacerse! ¿De qué autor y de qué idioma ha traducido las rimas? Es preciso decirlo.

Gonzalo Espeso.—León.—De las dos fotografías sirve una; la otra, la de Guzmán, no.

R. Porta.—Valls.—Le publicaré una vez le tenga corregido.

Manuel Roca.—Algeciras.—Le complaceré, pero hay muchos delante.

Bernardo Ledesma.—Las suscripciones se pagan por adelantado, y las cartas se franquean con 0,15 pesetas.

LISTA DE SUSCRIPTORES

(Continuación.)

Madrid.—Javier Gutiérrez Ramírez.— Consuelo García de Burgos.— Leopoldo Alvarez.— Miguel Aguilar.— José María Moral.— Agustín Moyano.— Rafael Hernández.— Concepción Gallego.— Manuel Castañs.— Sara Besado.— Luisa Lago.— Anita López.— A. Guerra.— Joaquín Aymerich.— Matilde Lucini y Ferruz.— Enrique G. Calderón.— Vicente Barbeito.— Modesto Doblado.— Enrique Melgar.— Enrique Herrera.— José Pérez de Alba.— Carlos San-

tos.— Francisco Escudé.— Vicente Guilló Bueno.— Francisco Ponce de León.— José Vignote.— Julio Rubio.— Pepita Molina.— Carlos Muñoz.— Enrique Ruiz.— Pedro Ramos.— César Sánchez.— Gerardo Doval.— Emilia Fernández.— Pedro Domingo Rute.— Antonio Bendicho.— Amelia Ruiz.— Matilde Gómez.— Emilio García.— Carlos Galisteo.

Provincias.— Antonio Montaner.— Manuel G. de Nestrosa.— Angela Echeverría.— Simón Peira.— Luis Ramírez.— Lolita Ansúrez.— Pepito Ruiz.— Sebastián Hernández.— Aurorita L. Matesanz.— Jaime Herrera.— Juan Gurrea.— Manuela Sánchez.— Eduardo Sánchez.

(Se continuará.)

Imprenta de P. Apalategui, Pozas, 12, Madrid, tel.º 1.723.

Mis primeros pasos dirigieronse á la ven-
cabo de una semana puede levantarme.
ron permiso para llegar hasta mí, y al
Mis amigos, que querían verme, obtuve-
—Desde aquel día comencé á mejorar.
gna opresión.

El coronel respiró, como si también él
se sintiera en aquel momento libre de al-
do sea Dios!

me, cayendo sobre la almohada.—¡Alaba-
sorprendida.—¡Oh, Luisa! ¡Tú eres—excla-
en el brazo de la hermana, que me miraba
como un chiquillo, apoyando la cabeza
Pero una tarde, una sola tarde, lo cam-
bió todo. Era al anochecer: yo estaba en
monja á darme un refresco.

—¿No oís que hay quien canta por
pues añadid:

—Vamos, valor,—contestóme, y des-
que tengo.

cabeza.—Soy muy desgraciado: eso es lo
—¡Ay, hermana!—respondí moviendo la

¿Por qué os desanimáis así? ¿Qué tenéis?
viendo que tenía los ojos colorados.—

—¿Os sentís muy malo?—me preguntó,
monja á darme un refresco.

ha cama más triste que nunca. Vino una
bió todo. Era al anochecer: yo estaba en

Pero una tarde, una sola tarde, lo cam-
días tan amargos, señor coronel!

rían darlo todo por concluido. ¡Oh, qué
promoviese nuevos disgustos, pues que-

miedo de que enviase cartas ó recados y
ban ni tan siquiera ver á los amigos, por

triste que puede imaginarse. No me deja-
ma otros mil males, y pasaba la vida más

sión.—¡Tras la calentura cayóronme enci-
—Quizás me curase de esta desgraciada pa-

—¡Oh, Dios!—gritó ella y desapareció.—
La misma mañana, como ya estaba con-
valeciente, me mudaron de sitio, y adiós
ventana; pero á los pocos días halleme ya
en estado de salir; parecía un loco: ¡salir,
volver á verla después de lo que había
ocurrido, después de haber sufrido tanto!
Pero ahora verá su merced cómo parecía
empeñada la suerte en que no viviese
nunca tranquilo:

La guerra, en el tiempo transcurrido,
habíase hecho casi segura. Muchos cuer-
pos habían dejado ya sus guarniciones, y
precisamente el día que salí del Hospital
vino la orden de partir los dos batallones.
¿Qué hacer? ¿No verla más? ¿Marcharme
de aquella manera incierto y dudoso, sin
estar seguro, por lo menos de que me co-
rrespondía de veras y me aguardaría?
Pero no quedaba tiempo para recibir con-
testación, y tenía que contentarme con
escribirle yo. Al salir del Hospital debía

de pronto—me dijeron, entrando en el
cuartel.—Pensé un instante en ello, y deci-
dí no hacer nada. Quise probar á aguan-
tarme; las heridas eran ligeras; sangre ha-
bía perdido muy poca; decidí esperar. La
noche la pasé bien, esto es, dormí; mas
soñé, señor coronel, cosas infernales, cu-
chilladas, sablazos, muertos, ataúdes, el
fin del mundo. Pero en medio de todas
aquellas imágenes espantosas, la veía á
ella, á Luisa, con la cabeza inclinada á un
lado, y los ojos llenos de lágrimas, y aque-
lla sonrisa tan cariñosa, que me daba gran
consuelo.

Aquella mañana teníamos ejercicio en
la Plaza de Armas. ¿Iré? ¿No iré? ¿Diré que
estoy enfermo? Hice la locura de ir. Figú-
rese: camino haciendo, comencé á sentir
un escozor terrible en las heridas. Al lle-
gar á la Plaza de Armas noté que se ha-
bían abierto y que salía sangre; me puse
más pálido que un cadáver; ¿qué hacer?

ber quién fuese aquel caballero; todos
tentan curiosidad de conocer á la mucha-
cha. Cuánto sentía que la pobre Luisa
andase en lenguas, como suele decirse,
por causa mia, no sabré expresarlo; esta-
ba desesperado; habría dado la mitad de
mi sangre para evitarlo. Supe después que
aquel joven tenía una herida grave en la
cabeza; diéronme luego que estaba casi
curado y que quería irse de la ciudad. De
Luisa no tuve noticias. Temía que esta-
viese enferma, y que su hermano, á con-
secuencia de lo ocurrido, la maltratase
más que antes, y que aquel galán, apenas
curado, la persiguiese de nuevo. Vivía en
ansiedad continua; dilatábase mi curación
y estaba tan débil, que por la noche me
entenebría á cada momento, y algunas
veces me ponía á llorar. Entre tanto es-
taba para concluir el invierno, y comen-
zaba á hablarse de guerra.—pensayá yo.



Un esfuerzo más; mientras pueda tenerme
en pie. ¡Adelante! Tambaleábame como
un borracho; sentía que me faltaban las
fuerzas, y poco á poco se me extendía un
velo oscuro ante los ojos.

De pronto un oficial grita:—¿Qué es
eso?—Se me acerca; me coge la mano; la
mira; estaba toda ensangrentada. Perdí el
conocimiento; me llevaron al cuartel; des-
pués al Hospital, y me acometió una mal-
dita fiebre que por poco no me manda al
otro mundo. Fui visitado por los médicos,
por los oficiales de la compañía, por el
comandante; me interrogaron; interroga-
ron á mis amigos y lo descubrieron todo.
Un soldado que se bate con un señor no
es cosa de todos los jueves; la aventura se
propagó por la ciudad, y en algunos días
no se habló de otra cosa. Todos, hasta
mis superiores, aplaudían el valor y la
fuerza que había demostrado aguantando
tantas horas las heridas; todos querían sa-

tana. Era una de las más hermosas ma-
ñanas de Abril. Me acerqué á la reja tem-
blando; me agarré primero á los hierros
con mis manos flacas y descoloridas, y
miré al último piso de la casa fronteriza.
Allí estaba; parecía que me esperase. Ha-
llábase apoyada al alféizar con el rostro
vuelto hacia mi ventana; me miró atenta-
mente; parecía que no me reconociese;
que estuviera incierta, agitada; se apreta-
ba los dedos; volvía la cabeza á derecha é
izquierda; se iba, volvía y no estaba quie-
ta un momento. Yo aproveché un instan-
te que no había nadie alrededor, y acer-
cando la cara á los hierros, dije en voz
baja, pero con fuerza:—¡Luisa!

—¡Ah!—exclamó ella y permaneció in-
móvil como una estatua mirándome.—
¡Luisa!—repetí yo. Entonces se sonrió y
apoyóse con una mano al alféizar, como
si le faltasen las fuerzas. Yo la llamé una
vez más.



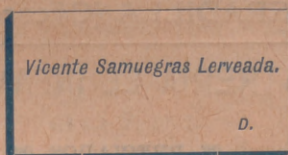
JEROGLÍFICO por L. Ordoño.

KKKa $\frac{MI}{TO}$

LOGOGRIFO NUMÉRICO por Luis Ducompte.

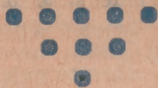
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Rey godó.
8 2 9 5 2 1 2 9	Nombre de varón.
1 2 5 4 1 2 9	Idem íd.
1 4 5 4 5	Idem íd.
6 7 8 9	Tiempo de verbo.
9 1 9	Animal.
8 9	Nota musical.
x	Consonante.

TARJETA por Eduardo García.



Combinad las letras y hallaréis el nombre de un célebre escritor.

TRIÁNGULO por C. Hartley.



Léase horizontalmente: 1.ª, en la cerrajería; 2.ª, animal, y 3.ª, consonante; verticalmente: 1.ª, número romano; 2.ª, verbo; 3.ª, período de tiempo; 4.ª, en la baraja, y 5.ª, consonante.

ACERTIJO por M. de Diego.

Me llaman pan sin ser pan;
tengo voces de alegría,
y me sacan en los días
de mayor celebridad;
de bofetadas me dan,
y yo puesto en un madero
pienso que soy de cordero;
mas ni soy Dios ni soy pan.

CUADRADO por M. Navarro.



1.ª, útil de casa; 2.ª, personaje antiguo; 3.ª, en la baraja, y 4.ª, verbo.

JEROGLÍFICO por Francisco Fernández.

ES q E nota

ACERTIJO por Antonio Martín.

Entiende que este es un cuento
de muy intrincados puntos;
hay muchos milagros juntos
en este adivinamiento.

El hijo crió á la madre,
la madre al hijo después,
y el recién nacido es
tan grande como su padre.

SOLUCIONES

Al jero glífico por M. Fraile: CATECUMENOS.—Al logo grifo numérico por F. Guijosa: PILAR; LARA; ALA; LA; R. A la tarjeta por S. de Miguel: LUIS TABOADA.—Al jero glífico por L. Ordoño: CAMASTRO.—A la fuga de consonantes por A. Moreno:

Quisiera ser marinero
para poder navegar
en los mares del olvido
en el vapor *Soledad*.

A la adivinanza por R. Adúa: EN QUE MATAN.—Al acertijo por J. Hernández: EN QUE SE PASAN.—Al rombo por N. Vizcarrondo: N; DAR; NARIZ; RIO; Z.—Al jero glífico por N. Morales: MARQUES.—A la charada por F. Guijosa: RE-VERTE.—Al jero glífico por F. Penalva: CARCOMA.

PARA LOS NO SUSCRIPTORES

Cupón regalo núm. 11.

ROSA Y AZUL

(Todo para niños)

Marqués de Santa Ana, 38

MADRID

La presentación de 52 cupones con la numeración correlativa
da derecho á un magnífico mapa de España.



FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

Los señores Maestros y Libreros obtendrán descuentos proporcionados al importe del pedido.

CATECISMO

RIPALDA Ó ASTETE

	Precio neto del roc.
Litografía en negro	3 ptas.
Negro y plata	3 »
Cromo con oro	3 »
Cartoné negro y plata	6 »
Lujo tapas doradas	7 »

Pidan tarifas de precios y condiciones al depósito general del *Método de lectura El siglo de los niños*, calle de Jardines, 15, Madrid, Sra. Hija de Gómez Tutor.

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á

25 céntimos.

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 15, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de ROSA Y AZUL.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderlos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 5 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal* F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

LIBRERIA

DE

AGUSTÍN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO

MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26

Trajes dril, desde....	2 ptas.
Lana y vicuña.....	5 »
Gergas y estambres...	10 »
Piqué superiores...	8 »
Alpacas elegantes...	15 »



Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

VINO DE PEPTONA ORTEGA



MARCA REGISTRADA

Para convalecientes y personas débiles es el mejor tónico y nutritivo. — Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, etc.

LABORATORIO-FARMACIA DE ORTEGA:

MADRID.—18, LEÓN, 18.—MADRID